
ENTRE LA ETICA Y LA IMBECILIDAD

LUIS CASTRO LEIVA

1. El deporte forma parte constitutiva de nuestra cultura y ocupa un puesto singular en la opinión pública. Cotidianamente en nuestro país podemos despertar a la importancia decisiva que el fenómeno deportivo ha conquistado en la relativa incidencia de nuestra vida cotidiana, es decir, en ese estado de cuasisomnolencia que nos impone la rutina de los días. Los principales periódicos poseen cuerpos de noticias dedicados íntegramente a lo que socialmente hemos contribuido a calificar como **prácticas deportivas**. Así, por ejemplo, todos los días tenemos noticias acerca de la actuación de nuestros jugadores de pelota en lo que se ha llamado la gran carpa (circo); de igual manera seguimos con regularidad los torneos de fútbol europeos y nacionales, las victorias de algún caballo, la gloria de un boxeador, etcétera. Se tiene por un hecho que los cuerpos y diarios de mayor lectura y circulación son los relacionados con el deporte. Se infiere, por consiguiente, que los venezolanos han considerado el deporte un hecho social de significativas proporciones económicas, emocionales, psicológicas y eventualmente políticas. Sin temor a equivocarnos, se puede decir que el venezolano lee mucho más sobre deportes que sobre otras actividades. Y ciertamente, la cobertura de noticias deportivas es de mayor volumen y tiene más circulación y acceso que las noticias políticas o que la información cultural. En síntesis, mientras la "cultura" (es decir, lo que la opinión pública llama así a través de los periódicos) es un asunto de élites, el deporte como fuente de información y eventualmente de configuración "cultural" sui generis es un asunto de masas. No menos revelador se ofrece el manejo de la información relacionada con el deporte y su cobertura por los medios televisivos.

Frente a este hecho social tan contundente, a saber, que el deporte es un fenómeno de carácter masivo no aparentemente elitesco en su acceso a la atención del público, conviene preguntarse si la construcción social y cultural que se ha hecho de esa práctica por la sociedad le otorga o no un **sentido ético** al deporte. En otros términos, ¿es el deporte percibido como una actividad ética o conducente a ella?

2. Resulta obvio que como actividad social de masas, como artículo de consumo masivo de la **industria de la diversión**, el deporte implica valores a través de los cuales la sociedad privilegia sus prácticas favoritas. También resulta obvio que en esas preferencias se exhibe una axiología no siempre conscientemente articulable ni para los cultores de las actividades favorecidas ni para los medios de comunicación que cubren esas fuentes.

Por otra parte, esos valores normalmente tácitos o implícitos se acompañan de otros de corte ligeramente diferente: se trata de la gran variedad de los valores cosméticos que la comercialización asocia con la práctica deportiva y que la propaganda o publicidad impone como sello al espectáculo o a los símbolos de la práctica misma.

Va apareciendo así una contraposición bastante notoria. Por una parte, y como toda actividad social significativa, el deporte a través de sus prácticas descansa en la posibilidad cultural de comprensión de las reglas que le dan sentido o existencia a las prácticas deportivas, lo cual supone, como mínimo, un concurso de racionalidades o teleologías intermedias. Pero, por la otra, esas prácticas no se suelen percibir como vinculadas directa ni indirectamente con los valores que pudieron originalmente hacer concebibles las prácticas como tales.

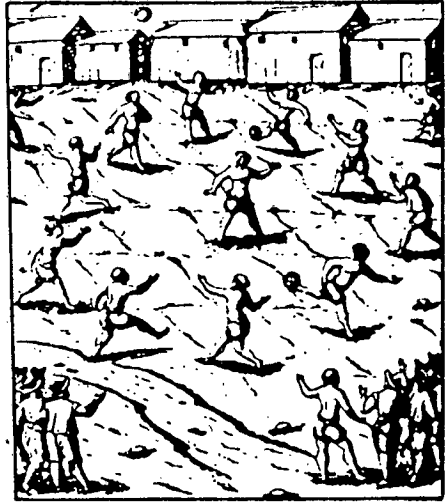
Y, lo que es más contundente, ciertamente esas prácticas no se presuponen como inherentemente éticas o morales.

De un lado el deporte se *tecnifica*, es decir, se hace cada vez más autónomo, más y más comprensible sólo y a partir de las normas que constituyen su práctica y que buscan perfeccionar los resultados; de otro lado, esas mismas prácticas pierden cada vez más relación con la idea de una intrínseca "in-formación" que se halla en el centro de la idea misma de juego o de la práctica constituyente. Y, paralelamente, la cosmética publicitaria puede perfilar con su esteticismo una construcción valorativa exótica o puramente fantasiosa: el deporte es un sitio neutro para la recreación neutra de nuestra renovación (over haut) somático.

Ese contraste es expresivo de un proceso de reducción del significado cultural del deporte. Este, al *tecnificarse* (en el doble sentido de autonomizarse y optimizarse) pierde su otrora visible vinculación con la *idea de arte* y con una serie de otros conceptos moralmente cargados de virtualidad formativa: el de diversión, el de esparcimiento, el de formación, el de carácter, el de virtud, etcétera (1).

Parece entonces que asistimos a la máxima explosión "masiva" del deporte —a su entronización como el espectáculo de espectáculos— precisamente en el momento más bajo de su larga historia de decadencia moral.

3. En efecto, fuera de la afirmación más reiterada en nuestra sociedad, el lugar común más notorio que reina en la materia, que nos dice que "hacer deportes es por ser un antidoto contra la posibilidad de anomía (2)" (léase v.g. el narcotráfico), ninguna otra vinculación consciente se propone para re-descubrir las relaciones entre ética y deporte. Esto es, claro está, a menos que se le eche de menos a ese otro lugar común (del cual es el



primero una modalidad) que lapidariamente dice que el objeto moral del deporte es la salud. O, puesto de otro modo, que la moralidad o actividad de un individuo o de una sociedad (3) dependen directamente de la salud mecánicamente (corporal o fisiológicamente) resultante de la consecuente adicción al deporte.

Sin embargo, ni el deporte es necesariamente un antídoto contra la droga (lo cual revela el escándalo y hábito consuetudinario de la profesión de fe en las drogas precisamente en la gran carpa) ni tampoco en la salud una necesaria condición para la moralidad individual o social. No sólo es evidente que a menudo la salud se convierte en un incentivo para el vicio (y en el caso del abuso del consumo propagandístico esto es grotescamente claro) sino que el deporte masivo puede precisamente prestarse para exponer más y mejores perspectivas para el advenimiento de situaciones anómicas. Sin ahondar mucho sobre esto, es al menos sostenible que una sociedad activa y decididamente festiva, dependiente hasta la imbecilidad y la adición de la espectacularidad deportiva, se halla expuesta a la adoración de la mitología de la salud y a su ilusoria conexión necesaria con la posibilidad de una moral: si la salud del cuerpo es otra manera de adornar la mente como un cuerpo, el bien se resume en la más cruda física del bien-estar de las pasiones.

No obstante, es evocativo de la antigua importancia otorgada a la salud, como mera condición de la vida o de su propio "bien", que esa relación forma parte del ideal de la paidea griega (4). Es decir, de un ideal cultural formativo dentro del cual, como es medianamente sabido, el cuerpo era un instrumento para la realización de la acción moral por medio de la idea de arte (5). Pero estamos muy, demasiado lejos, de esa tradición para hacerla decir alguna de las posibilidades. Lo poco que queda de la intrincada red conceptual y práctica de la experiencia de esa tradición apenas sobrevive, como un retazo, en forma de consejo pomposo, solemne o irrisorio: mente sana cuerpo sano...

4. La salud del cuerpo que hoy frenética y simbólicamente se persigue está signada por el proceso de transformación de los bienes consumibles de la imaginación. Se trata de una salud impercedera, adolescente y adánica, una en la cual la adoración estética oculta toda vinculación con la idea de una praxis reglada, con la idea de la agonia normada como trama que la voluntad se da a sí misma para crear y recrear una ética estética y viceversa.

La salud y el cuerpo de hoy, como espacios de la mente, tienen que ver muy poco con la posibilidad de esa ética de la tradición. Apenas un culto al bien-estar (como sinónimo de satisfacción orgásmica surgida del esfuerzo) o al placer y sus consecuencias como condiciones para la aspiración de un mejoramiento que, por su carácter efímero, espasmódico, se convierte en ansiedad de aprehensión total ante el rendimiento placentero de sus resultados. La persona se percibe y se cons-



truye narcisísticamente ante la posibilidad muscular y onírica de perpetuarse para siempre como lo retrata su deleite y lo condiciona a la adaptación de la vivencia del instante padecido. En rigor, esta idea de salud y su bestiario estético de cuerpos ideales o imaginarios es otra cara, quizás la misma cara, del creciente proceso de anomía que curiosamente se pretenden con él combatir. Es el propio cuerpo quien ha hecho cautiva a la única mente que ha posibilitado: aquella que se identifica con el momento y que quiere renegar de todo comercio consciente con la posibilidad de morir o de vivir la idea de actuar conforme a fines. Como un **exabrupto** el culto masivo de la salud, la adoración al cuerpo, se han convertido en una reversión hacia una idea de eternidad desprovista de "formas" y de supuestos: en la expresión de pura necesidad desnuda, es decir no creativa, no poética. La finitud de la satisfacción corporal y hedonística se toma "democráticamente" (6) en serio como posibilidad de alcanzar una eternidad a la mano de cualquiera, de la mente del usuario de esa eternidad de "espectáculo" (televisión o en vivo) se ilusiona y se confunde, en su imaginación o en su cuerpo, con el deseo de perpetuar la gratificación lograda.

5. Desearía terminar con unas breves reflexiones, todas ellas dirigidas a ponderar, quizás, innecesariamente, dado este contexto, la significación del deporte como escenario sui generis para encarar la posibilidad del ser humano en función de nuestro cuerpo.

Una primera reflexión, conduce a declarar como urgente la necesidad de medir el alcance intelectual de la imbecilidad que hemos alcanzado a través de la cultura del cuerpo que percibe al deporte sólo como una búsqueda de la salud. Nadie niega el poder que el deporte tiene para mantener la salud. Pero sólo si la salud (física o mental) se percibe como un bien relativo es que se comienza a pensar en la posibilidad de su evaluación ética. Pero, y de inmediato surgen otras preguntas ¿y por qué este bien y no otro? ¿Cómo se relacionan los bienes relativos entre sí?

Una segunda reflexión, conduce a repensar la idea de las relaciones entre nuestro cuerpo y nosotros ¿Cómo es pensable nuestro cuerpo y, sobre todo, cuál ha sido la educación o cultura corporal que hemos recibido y que, unida a ese complejo problema, hemos racionalizado como una visión mecanicista y machista del deporte? ¿Qué otras alternativas para educarnos sobre nosotros y nuestros cuerpos se nos pueden hacer viables? ¿Y, cuáles prácticas deportivas son, en principio, preferibles para la educación moral?

Una tercera reflexión nos llama a ahondar más aún en el poder recreativo del deporte como actividad. Ninguna otra actividad social organizada se nos revela como tan democrática. Por eso todo lo que sobre ella hagamos para analizarla, criticarla y poner a disposición de nuestro consumo social puede redundar en beneficio de nuestra libertad moral y por ello política. El deporte es, como lo fue, una actividad artística, una que hace accesible la práctica más democrática de la virtud, siempre que se piense en ello.

NOTAS

- (1) Esa pérdida no es sólo del deporte. Es una pérdida cultural general. Sin embargo, que ocurra en el deporte —como se verá— es tanto más significativo. Sobre el sentido general de pérdida o decadencia véase A. Macintyre. *After Virtue*, University of Notre Dame Press, (1981), 1984.
- (2) Por **anomia** entiendo un concepto técnico en sociología y en moral. Se refiere a es-

tados sociales donde se ha perdido la idea de una posibilidad de reglamentación o de control social o dentro de la conciencia individual. El resultado paradójico sería en moral una aceptación de conductas variables sin poder sancionatorio alguno. También se puede construir la anomia desde un punto de vista individual como la pérdida de la posibilidad y valor de un control propio sobre las acciones. Se trata de un específico desarrollo en E. Durkheim, especialmente en su obra *El suicidio*, París, 1987.

- (3) Moralidad y eticidad se pueden y deben distinguir. La primera posee una dimensión social, la segunda una dimensión individual. No obstante, por obra del desarrollo histórico, esas dimensiones se han invertido. Por ahora se usarán como indistintas. Para esto véase B. Williams, *Ethics and the limits of Philosophy*, Londres, 1985.
- (4) Me refiero, desde luego, al sentido que le otorga W. Jaeger a la concepción clásica de educación. Por otra parte, véase en Aristóteles la constante referencia de la salud o de lo sano como bien relativo. Mucho más reciente véase la intrincada trama de "virtudes" que la paideia griega supone en Macintyre, *op. cit.*
- (5) Se concebía a esta actividad como *Tejne*. Sobre éste gravita el peso de nuestro desarrollo aquí. Véase Petra Jaeger, Rudolf Lüthe, *Distanz und nahe*, Würzburg, 1983. La Contribución de Ludwig Landgrebe, *¿Was ist ästhetische Erfahrung?*, específicamente p. 130. Macintyre desarrolla mucho más específicamente y logra distinguir— la significación de las diferencias entre *tejne* y *praxis* en relación con el concepto de virtud. Véase, por ejemplo, *op. cit.*, Cap. 14, p. 187. *By practice I am going to mean any coherent and complex form socially established cooperative human activity through which goods internal to that form of activity are realized in the course of trying to achieve those standards of excellence which are appropriate to, and partially definitive of, that form of activity, with the result that human powers to achieve excellence and human conceptions of the ends and goods involved, are systematically extended.*
- (6) Por democrático aludo al manifiesto carácter masivo y popular que ha llegado a alcanzar el deporte.

